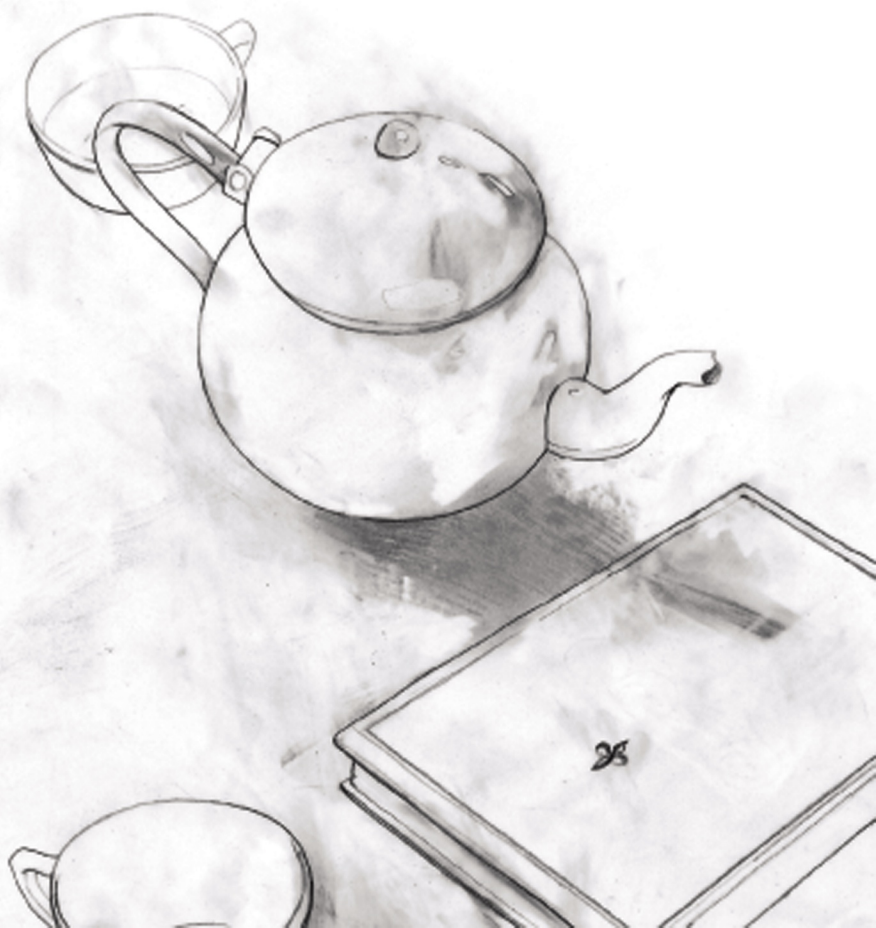


ESPACIO DE  LA LECTURA

Vicente Muñoz Puelles

El legado de Hipatia

ANAYA



1.ª edición: marzo 2007

© Del texto: Vicente Muñoz Puelles, 2007
© De las ilustraciones: Judit Morales y Adrià Gòdia, 2007
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2007
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-667-6257-1
Depósito legal: M. 12707/2007
Impreso en Anzos, S. A.
La Zarzuela, 6,
Polígono industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

E S P A C I O D E L A L E C T U R A



Vicente Muñoz Puelles

El legado de Hipatia

Ilustraciones de
Judit Morales y Adrià Gòdia

ANAYA

Puedo relatar los hechos, pero no explicarlos. No creo en fantasmas ni en manes protectores, y sin embargo parece como si viviéramos rodeados de ellos, en esta biblioteca un tanto laberíntica en que se ha convertido nuestra casa.

¿No os ha ocurrido alguna vez, al retirar de su estante un volumen polvoriento y acartonado, que al cabo de unos minutos en vuestras manos dejaba de crujir y se esponjaba, como si os agradeciese la elección? Quizá, así como ciertas lecturas nos conmueven

particularmente y permanecen en el recuerdo, algo de nosotros se va traspasando a los libros que hemos abierto y leído con mayor frecuencia, y cuando volvemos a consultarlos surge entre sus páginas un destello de reconocimiento. Al fin y al cabo, es lo que sucede con los libros que hemos escrito: establecemos un diálogo incesante con ellos y nos cuentan cosas de nosotros mismos que habíamos olvidado.

Hace años, cuando era joven —aquí oigo las rutinarias protestas de algunos lectores de mi edad, que se resisten a envejecer conmigo—, me empeñaba en luchar contra el insomnio. Ahora, cuando sé que es parte indisoluble de mí, como los recuerdos de infancia o mi contumaz pasión por los libros, he dejado de tenerlo por enemigo. El tiempo del insomnio se ha convertido

para mí en un tiempo prestado, en una suerte de segunda vida.

Me despierto siempre hacia las dos de la madrugada, con la mente tan despejada como si acabara de salir de un largo sueño. En vez de angustiarme por lo temprano de la hora, de hacer ejercicios de respiración lenta y profunda o de contar reses imaginarias, abandono el dormitorio conyugal con estudiado sigilo, me siento ante la pantalla brillantemente iluminada del ordenador y empiezo a escribir.

Hay un silencio absoluto, salvo por los búhos que ululan al otro lado de la valla, en sus atalayas arbóreas, y por los cantos nupciales de las ranas del estanque, que buscan pareja. No es previsible que algún amigo ocioso me telefonee o que mi familia, que duerme con naturalidad envidiable, me interrumpa. Es cuando escribo con ma-

yor fluidez; cuando mis personajes, hartos de precauciones, se lanzan a obrar por su cuenta y riesgo; cuando mis argumentos, tras sufrir los quiebros más inesperados, rebasan los pretilos y se desbordan.

Dos o tres horas después, la atención disminuye. Confundo las palabras —pongo *beso* en lugar de *vaso*, por ejemplo—, y se me cierran los ojos. Vuelvo a acostarme con cierta premura, casi con urgencia, como un náufrago que tras ardua odisea vuelve a casa, y duermo de un tirón hasta las siete y media o las ocho. Al despertar, entreveo escenas que no sé si he soñado o he escrito y que aún parecen flotar en el aire, como los últimos vestigios de esos frescos antiguos, preservados en estancias subterráneas, que se desvanecen al instante de ser descubiertos.



Una noche, hace poco más de un mes, estaba trabajando en mi novela sobre Hipatia, matemática y filósofa de la remota Alejandría. Acababa de describirla en plena clase, paseando con sus alumnos a lo largo de los pórticos de color miel que circundaban el inmenso recinto del Museion, con el puerto al fondo.

—Solo conocemos —decía Hipatia— los niveles inmediatos de la realidad, que son los más próximos a cada uno de nosotros. —Empleaba un léxico depurado y miraba a cada alumno como si tuviera un interés personal por él, mientras se refrescaba con un abanico en forma de loto—. Os pondré un ejemplo. Aquí, en la Biblioteca, se guardan las minuciosas obras del geógrafo Eratóstenes, que descubrió la curvatura de la Tierra; de Dionisio de Tracia, que definió las partes del dis-



curso; de Herófilo, que demostró de modo plausible que la sede de la inteligencia se encuentra en el cerebro y no en el corazón. En los armarios más recónditos reposan los manuscritos originales y las copias oficiales de Estado de las sublimes tragedias de Sófocles, Esquilo y Eurípides. —Se detuvo y golpeó levemente una losa con la suela de su sandalia—. Para nosotros este lugar es un templo consagrado al saber. Cada libro aquí custodiado constituye un tesoro, una fuente única de conocimientos y experiencias. Esa es nuestra realidad. Pero un analfabeto, un bárbaro, un esclavo sin instrucción, solo vería un almacén gigantesco de rollos de papiro pintarrajeados con signos incomprensibles, sin valor apreciable, y esa sería la realidad para él.

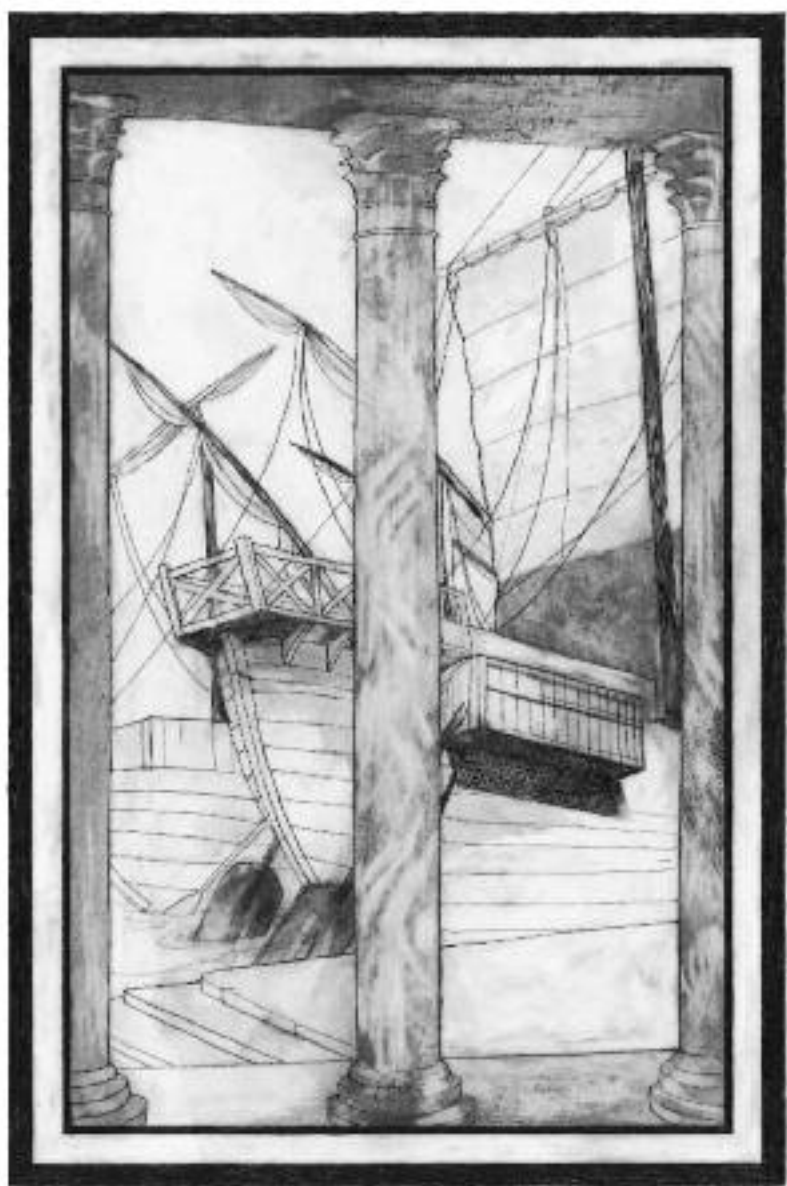
Un murmullo de aprobación acogió su razonamiento. Con la mano li-

bre, Hipatia tomó un extremo de su túnica, se la ajustó al hombro izquierdo y siguió andando. Sus alumnos fueron tras ella, embobados. Junto a los muelles, con las velas plegadas y los remos paralelos, los barcos flotaban como pájaros dormidos sobre las aguas.

Podía evocarla con tanta facilidad como si estuviese allí mismo, a mi lado, alzándose como un espectro en medio de la habitación iluminada: una mujer perspicaz, hermosa, reflexiva, tal como la describen los testimonios de la época. Su ingenio y su elocuencia, que tanto seducían a sus alumnos, provocaban el rencor de cristianos eminentes, como el patriarca Cirilo, que veían en ella a una de las máximas figuras del paganismo que se resistía a desaparecer, y temían su influencia corruptora. Hipatia enseñaba

a razonar, a cuestionar las verdades establecidas. Ellos preferían un pueblo sumiso, crédulo, ignorante.

También a mí, de pronto, me acometieron las dudas. No sobre los personajes o la trama ni sobre el escenario de la novela, sino sobre la acogida que le dispensarían mis lectores cuando la acabase. ¿La leerían como una novela más sobre el antiguo Egipto? ¿Percibirían mi nostalgia del mundo pagano, de la Grecia inspiradora de Alejandría, de la magna Biblioteca incendiada? ¿Se sentirían identificados con Hipatia, les conmovería su sacrificio? ¿Tendría que soportar otra vez el burdo calificativo de novela histórica aplicado a mi obra o habría por fin algún crítico más agudo, capaz de entender que nunca se pinta el cuadro de un ayer preciso —cómo hacerlo, además—, sino un retrato atemporal que



habla fundamentalmente del amor y de la muerte, y para el que valdría cualquier otro marco?

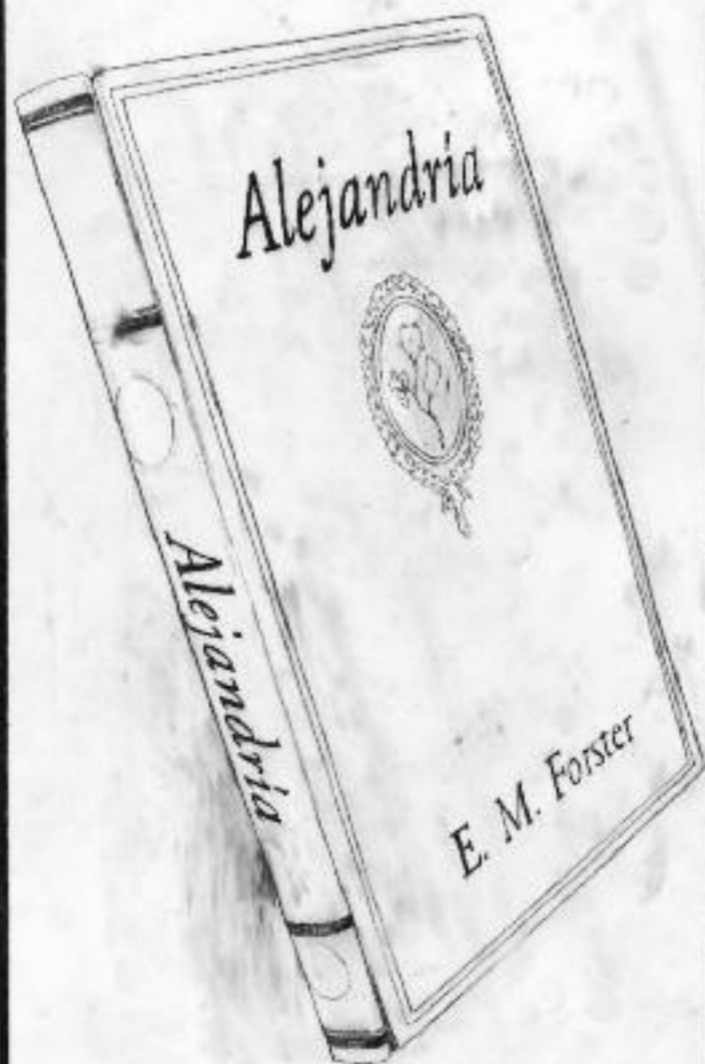
Vivimos en una casa grande y destartalada, pero las habitaciones son de un tamaño discreto salvo el sótano, donde se encuentra el grueso de la biblioteca familiar. Los demás libros se han repartido aprovechando al máximo el espacio disponible, según unos temas y afinidades que cambian con el tiempo. Para ubicarlos todos nos hemos visto obligados a prescindir de los cuadros y otros adornos de las paredes. Las estanterías se alzan sobre las camas, a lo largo de la escalera, en la cocina, hasta en el lavabo y en el cobertizo. Únicamente sobre literatura y costumbres japonesas, una de las aficiones de mi abuelo, hay más de trescientos volúmenes, muchos de ellos en japonés e impresos en papel de arroz o en seda.

Pensaba en los avatares de nuestra biblioteca cuando me vino a la mente la imagen física —tapas duras de un rojo desvaído— de cierto libro que llevaba largo tiempo sin consultar ni ver, y que sin embargo estaba estrechamente vinculado con el tema de mi novela. Era un ejemplar de la primera edición (1922) de *Aleandría*, de E. M. Forster. Mi abuelo, un hombre calvo y orondo, con aspecto de Buda, lo había comprado en 1934 durante una escala en Port Said. Se dirigía a Tokio, donde iba a celebrarse un congreso internacional de la Cruz Roja, de la que mi abuelo era delegado.

De pequeño yo había calcado los mapas de aquel libro, y al reproducir las líneas de sus calles y sus monumentos en ruinas había tenido por primera vez la impresión de estar viajando por una tierra exótica, espolvoreada

de leyendas, esfinges y obeliscos. Mi abuelo lo tenía en gran consideración. Decía que, poco después de publicarse, un incendio en el almacén de la editorial había quemado toda la edición, salvo unos pocos ejemplares que ya se habían distribuido.

Quise reencontrarme con aquella guía y bajé al sótano. En vano la busqué en la sección de literatura inglesa, con las demás obras de E. M. Forster. Finalmente la descubrí en la estantería de libros de viajes, entre un folleto polícromo del museo de El Cairo y un portafolio de viejas fotos de Gizeh, tomadas antes de que desenterrasen las largas zarpas de la Gran Esfinge. Hojeé la guía hasta toparme con la escueta descripción de la muerte de Hipatia, que tanto me había impresionado al leerla por primera vez, siendo adolescente: «El desenfrenado ejército del



patriarca Cirilo se lanzó a la calle con ansias de llevar a cabo un supremo acto piadoso antes de retirarse a sus monasterios. Tal era su talante cuando se tropezaron con Hipatia (probablemente donde ahora está la Rue Nebi Daniel), que volvía de dar clase. Los monjes la sacaron del carruaje y la llevaron a rastras hasta el Caesareum, donde la despedazaron con el filo de unas conchas marinas».

Me gusta pensar en las sutiles afinidades que podrían establecerse entre los libros de una biblioteca si fueran capaces de percibir su entorno y de albergar sentimientos. Decidí que aquella guía merecía la compañía de las demás obras de E. M. Forster y le hice un hueco entre *Pasaje a la India* y *Maurice*, que la acogieron, o al menos eso me pareció, con simpatía. Retrocedí para apreciar los cambios, y noté



que se me cerraban los ojos. Había llegado ese momento de la noche en que tenía que regresar rápidamente a la cama si quería alcanzar el último tren de los sueños. Subí como en trance y me di un golpe en la cabeza con el extintor que hay al comienzo de las escaleras.

Al día siguiente bajé a curiosear entre los libros del sótano y me quedé perplejo al advertir que *Pasaje a la India* y *Maurice* volvían a estar juntos. Recorrí con la mirada la sección de literatura inglesa una y otra vez, hasta que se me ocurrió la única solución posible: creía haber cambiado *Alejan-dría* de estante, pero no lo había hecho. La busqué entre los libros de viajes y allí estaba, en el mismo sitio donde la había descubierto la noche anterior. Atribuí mi confusión al cansancio, y deliberada y cuidadosamente interca-



lé la vieja guía entre los otros libros de E. M. Forster.

Esa misma deliberación hizo que al día siguiente, al hallar *Aleandría* en su emplazamiento habitual, no tuviera dudas: o el libro se movía solo o alguien lo movía. Siempre me ha parecido que mi hija Laura es extraordinariamente perceptiva. Empecé por ella, y no me defraudó.

—Los libros se mueven solos —me dijo con viveza, cuando le conté lo ocurrido—. Creí que lo sabías.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que se mueven solos. ¿Recuerdas que el otro día me felicistaste porque los libros de mi habitación siempre están bien ordenados? A veces cojo un montón de libros y los dejo en el suelo o en la mesa, y luego resulta que han vuelto a sus estantes. Al principio pensaba que erais mamá

o tú, pero ya no. Lo raro es que a mis amigas no les pasa.

No me atreví a interrogarla más. Si a ella le parecía natural, ¿por qué iba yo a alarmarla?

A mi hijo Ricardo solo le interesan los libros de animales, preferiblemente extintos. Cuando le pregunté si alguna vez había notado que sus libros se movían solos, me miró con sorna y me dijo:

—Llegas tarde, papá. Mamá ya me lo ha explicado. Son cosas que uno hace sin darse cuenta.

Terminé acudiendo a Olga, mi mujer.

—¿A estas alturas me vienes con eso? —me preguntó—. Siempre que saco un libro del sótano y tardo en devolverlo, acaba bajando por sí mismo y regresando a su estantería.

—¿Y me lo cuentas así, como si tal cosa?